

# Tesoros de la nieve



# Tesoros de la nieve



Patricia St. John



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Treasures of the snow* © Patricia M. St. John 1950, segunda edición revisada 2007, publicado por Scripture Union, 207-209 Queensway, Bletchley, Milton Keynes, Bucks MK2 2EB, Reino Unido. [www.scriptureunion.org.uk](http://www.scriptureunion.org.uk)

Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Tesoros de la nieve* © 2011 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Traducción: Unión Bíblica, Barcelona. Usada con permiso.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

EDITORIAL PORTAVOZ  
P.O. Box 2607  
Grand Rapids, Michigan 49501 USA  
Visítenos en: [www.portavoz.com](http://www.portavoz.com)

ISBN 978-0-8254-1775-7

1 2 3 4 5 / 15 14 13 12 11

*Impreso en Colombia*

*Printed in Colombia*

## Contenido

Nota preliminar de la autora.....	7
1. Nochebuena .....	9
2. La abuelita.....	15
3. El regalo de Nochebuena.....	26
4. Luciano .....	35
5. El accidente en el cerro .....	44
6. La búsqueda .....	53
7. Nace el odio .....	63
8. La huida al bosque .....	71
9. La visita al médico.....	81
10. El viejo de la montaña .....	91
11. Danielito mejora .....	102
12. La crueldad de Anita .....	112
13. El relato del viejo montañés.....	120
14. El concurso .....	133
15. Navidad en la iglesia.....	143
16. La lucha espiritual de Anita.....	152
17. El accidente de Anita.....	159
18. La reconciliación .....	166
19. Los consejos de la abuelita .....	172
20. El maestro premia a Luciano .....	183

21. Luciano y la tormenta.....	194
22. El doctor Givet.....	205
23. El encuentro.....	215
24. El viaje .....	227
25. En el hospital .....	233
26. El regreso .....	239

## Nota preliminar de la autora

Contaba apenas siete años de edad cuando me llevaron a Suiza. Mi hogar era una casa de madera erigida en una montaña próxima a la aldea donde, según me lo imaginaba, residían la Anita y el Danielito de esta historia.

Como ellos, también yo asistía a la escuela de la aldea en un trineo, alumbrado por la luz de la luna y, en el verano, ayudaba a recoger pasto para el ganado. Seguía tras las vacas por las faldas de los cerros y dormía entre el pasto. La víspera de Navidad iba a la iglesia a ver el arbolito cargado de naranjas y de ositos hechos de pan de especias, y también me llevaban de visita a la casa de un médico del pueblo que vivía en el valle.

Un granjero me regaló un gatito al que pusimos por nombre *Noel*; mis hermanitos más pequeños viajaban en el carrito de la leche, que arrastraba un hermoso perro San Bernardo.

Pero todo eso ocurrió hace veinte años, y desde entonces sólo he regresado a esos parajes en calidad de visitante. Es probable que hoy día Suiza esté muy cambiada. Supongo que no se permitirá que un alumno se ausente de la escuela por muchos días, y sin duda, también habrá mejorado el servicio médico. Tal vez actualmente hasta las más pequeñas aldeas cuenten con su facultativo. No lo sé.

Pero lo que sí sé es que hoy, como hace veinte años, la escuela y la iglesia están en el mismo lugar, se sigue oyendo el tintinear de las campanas de las vacas que pacen en el valle y los narcisos siguen desparramando su suave aroma en el mes de mayo. Supongo que también los niños seguirán cantando sus villancicos alrededor del árbol de Navidad, y querrán a sus ositos de pan de especias como yo quise a los míos.

El nombre que le he dado a la aldea no es el verdadero, porque en el relato menciono algunas cosas que en realidad no había allí. Por ejemplo, no hay ninguna otra población cercana a la cual se pueda llegar por otro camino que no sea por el puerto. Aparte de eso he tratado de ser fiel a la verdad en todo, y si alguna vez el lector o lectora, va a Suiza y toma el tren eléctrico que asciende por Montreux, verá que éste se detiene en una pequeña estación rodeada de sembrados hasta muy cerca del andén, tras los cuales se levantan los verdes cerros y aquí y allá están desparramadas las casitas de los pobladores de la región. A la derecha de la línea férrea hay un descenso que va hasta la orilla de un río; más allá de éste se levantan otros cerros de verdes laderas y entre uno de éstos y otro rocoso se encuentra un puerto. Si además de todo eso el lector se fija, verá un edificio blanco, de estructura un tanto baja, no muy distante de la estación; es la escuela; también observará la torre de una iglesia que se alza detrás de una loma: ambas estructuras forman parte de la aldea donde nació esta historia.

Patricia St. John  
1950

*Capítulo 1*

## Nochebuena

Era la víspera de Navidad. Tres personas subían por la blanca y empinada falda de la montaña; la luz de la luna alargaba sus sombras sobre la nieve. La del medio era una mujer vestida con abultadas faldas, que tenía los hombros cubiertos con una capa oscura. De su mano caminaba un niñito de negros cabellos; tendría cosa de seis años de edad y hablaba todo el tiempo; tenía la boca llena. Una niñita de unos siete años de edad caminaba a su lado con los ojos fijos en las estrellas que poblaban el firmamento. Llevaba las manos cruzadas sobre el pecho, estrechando fuertemente un pan de especias en forma de osito cuyos ojos eran de azúcar blanco.

El niño también había tenido su osito de pan de especias, pero ya se lo había comido casi todo, quedándole únicamente las patas traseras. Mirando a la niñita, le dijo maliciosamente:

—El mío era más grande que el tuyo.

Pareció como si a la niña no le hubiese importado nada la observación, ya que respondió tranquilamente sin volverse:

—Lo que es yo no cambiaría mi osito por ningún otro.

Al decir esto dirigió una amorosa mirada al precioso animalito que tenía en las manos. Le pareció muy sólido y era

tan agradable el olor que de él se desprendía. Los rayos de la luna lo hacían parecer mucho más bonito. Ella ¡jamás pensaría en comérselo! ¡No! ¡Nunca haría eso! A ochenta niños de la aldea les habían regalado panes de especias en forma de osito, pero a ella le parecía que el suyo era el más bonito de todos.

Se propuso guardarlo como recuerdo de aquella noche: cada vez que lo viese recordaría la Nochebuena —el firmamento helado, el calor y el resplandor de la iglesia iluminada, el árbol con sus adornos de estrellas plateadas; los villancicos, el pesebre y la preciosa a la vez que triste historia de la Navidad—. Le daban ganas de llorar al pensar en el mesón, donde no había lugar para recibir a los huéspedes. Ella hubiese abierto las puertas de su casa para recogerlos.

A Luciano —así llamaban al pequeño— le disgustaba el silencio de la niña.

—Ya me he comido casi todo el mío— le dijo, frunciendo el entrecejo—. Déjame probar el tuyo. Anita; tú no lo has tocado aún.

La niña estrechó más su osito y respondió:

—Yo no voy a comérmelo. Lo guardaré para siempre.

Habían llegado a la bifurcación de los caminos. Se veían las señales de los trineos sobre la blanca senda. A la derecha, algunas casas con las ventanas iluminadas. Detrás se destacaban los cobertizos. Anita había llegado ya cerca de su casa.

La señora Morel vaciló y le preguntó, como dudando:

—Anita; ¿te parece que puedes irte sola, o quieres que te acompañemos hasta la puerta de tu casa?

—Prefiero ir sola —respondió la niña—; les agradezco el haberme traído. Buenas noches, señora; adiós Luciano.

La niña corrió en dirección a su casa, como si temiese que la señora cambiara de intención e insistiera en acompañarla hasta la puerta de su domicilio. Ella prefería ir sola. Quería deshacerse de Luciano y su charla, y quedarse sola en el silencio de la noche. ¿Cómo le iba a ser posible meditar y contemplar las estrellas viéndose obligada a responder cordialmente a lo que le decían la señora Morel y su hijo?

Nunca había salido sola por la noche y este encuentro era realmente casual, pues su intención había sido ir a la iglesia en compañía de sus padres. Desde algunas semanas atrás habían estado planeándolo, pero ocurrió que esa mañana su madre se sintió indisposta y su padre tomó el tren del mediodía para ir a buscar al médico que vivía en el pueblo del valle. El médico llegó a eso de la hora del té, pero no pudo hacer nada para que su madre estuviese en condiciones de salir e ir a la iglesia como había esperado. Anita, pues, se vio obligada a ir en compañía de la señora Morel, que vivía en la casita situada en la falda del cerro. Al llegar a la iglesia la encontró tan bonita que se olvidó de todo; le encantaba tanto el arbolito y la celebración de la Navidad, que olvidó lo demás.

El encanto de todo lo que había visto perduraba; y ahora, encontrándose sola entre la nieve y las estrellas, le daba pena interrumpir la encantadora escena. Al llegar a los peldaños de la casa, dirigió una mirada a su alrededor. Enfrente se veía el establo de las vacas. La niña podía oír muy bien los movimientos y mugidos de los animales. Se le ocurrió una feliz idea. Repentinamente decidió lo que debía hacer; cruzó al otro lado del camino, levantó el cerrojo de la puerta y, al entrar, sintió la grata fragancia de las vacas y de la leche; se deslizó por entre las patas de la vaca castaña y se metió

entre la paja. La vaca castaña estaba comiendo, pero Anita la abrazó porque estaba segura que las vacas estarían comiendo cuando María se sentó entre ellas con su niñito recién nacido en brazos.

Anita miró alrededor del pesebre imaginándose que el niñito estaba acostado entre la paja y que las vacas, tranquilas y reverentes, le adoraban. A través de un agujero del techo vio una deslumbrante estrella y recordó la que había brillado sobre Belén guiando a los magos hasta el sitio donde estaba el niño Jesús. Se imaginó a los magos yendo por el camino, montados sobre sus camellos y cómo de un momento a otro se había abierto la puerta y los pastores, con sus corderitos en brazos, entraban dispuestos a cubrir al niñito con sus cueritos lanudos. Al inclinarse sintió en su corazón intensa compasión por el niñito recién nacido, sin un hogar donde le recibieran, porque las puertas se le habían cerrado.

—En nuestra casa habría habido amplio espacio —pensó dentro de sí—; pero tal vez éste sea un sitio mejor. La paja es fragante y está bien limpia. Sin duda, después de todo, Dios supo elegir la mejor cuna para el niñito.

Habría podido quedarse allí soñando toda la noche de no haber sido por la luz de una linterna que apareció a través de la abertura de la puerta y el ruido de unos pasos sobre la nieve. Luego oyó la voz de su padre que la llamaba ansiosamente.

Salió deslizándose por detrás de la cola de la vaca y, con los brazos extendidos, se arrojó en los de su padre, diciendo:

—Fui a deseártelas a las vacas una feliz Navidad. ¿Viniste a buscarme?

—Sí —respondió el padre sin sonreír. Bajo la luz de la luna se veía su rostro pálido y preocupado.

Tomando la mano de la niña la hizo subir los peldaños, diciéndole:

—Debiste haber venido a la casa, sabiendo que tu madre está enferma; hace media hora que está preguntando por ti.

Anita sintió remordimiento. La verdad era que el arbolito de Navidad le había hecho olvidar todo, hasta a su madre a la que tanto quería y quien en esos momentos enferma, la había estado esperando. La niña creyó que el médico la habría mejorado. Soltó la mano de su padre y corrió apresuradamente; subió la escalera y entró en el dormitorio donde yacía su madre.

Ni el doctor ni la enfermera vieron a la niña en el momento en que entró sigilosamente como una sombra. Pero la madre la vio y extendió los brazos para recibirla. Anita, sin decir palabra, reclinó su cabeza en el seno de su madre y comenzó a llorar, pues la cara de la enferma estaba tan blanca como la almohada y le dio miedo verla así. Además, sintió pena de haber estado ausente tanto tiempo.

—No llores Anita —le dijo su madre—; tengo un regalito para ti.

La niña cesó de llorar. ¿Un regalo? Por supuesto, era Navidad, se había olvidado de ello. Su mamá siempre le regalaba algo en Navidad, pero generalmente se lo daba el día de Año Nuevo. ¿Dónde estaría el regalo? Comenzó a buscarlo.

La señora se volvió hacia la enfermera y le dijo en voz baja:

—Déselo.

La enfermera levantó la manta peluda de la cama, sacó algo envuelto en un manto blanco y acercándose a Anita se lo mostró diciendo:

—Es tu hermanito.

Anita se quedó muda ante la sorpresa. La enfermera la

condujo a la planta baja, la hizo sentar en un banquito al lado de la estufa y le dijo que meciéra la cunita del niño, su regalo de Navidad envuelto en las frazadas.

Se quedó sentada largo rato mirando aquel bulto. La nieve seguía cayendo y el fuego alumbraba con su fulgor dándole al techo un color rojizo. Todo estaba tranquilo en la casa y por la ventana se veía una estrella que brillaba en el firmamento, como había brillado en Belén cuando nació el Hijo de Dios.

Con su dedito tocó la cabecita del niño, luego reclinó la suya en la cuna y comenzó a pensar en las estrellas, los pastores, las nuevas criaturas, las puertas cerradas, los magos, los ositos de pan de especias: en su imaginación todo se entremezclaba. El sueño la fue rindiendo hasta que quedó dormida en el suelo; allí la encontró su papá.

—Pobrecitos —dijo el padre— ¿cómo podré cuidarlos sin la ayuda de su madre?

La madre se había ido al cielo.